HN
263.5
.L37x
1901

AUX
STOR
1

THE LIBRARY
BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
PROVO, UTAH

ENRIQUE RODRÍGUEZ LARRETA

DE CAMINO

BUENOS AIRES
COMPAÑÍA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO
Calles Chile 263 y San Martín 155
1901

309.182
L328c

ENRIQUE RODRÍGUEZ LARRETA

DE CAMINO

BUENOS AIRES
COMPAÑÍA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO
Calles Chile 263 y San Martín 155
1901

THE LIBRARY
BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
PROVO, UTAH

Á

Carlos Romagosa

DISCURSO

PRONUNCIADO EN CÓRDOBA,
EL 7 DE OCTUBRE DE 1900,
Á INVITACIÓN DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD,
DR. JUAN ANTONIO ORTIZ Y HERRERA

Señoras, señores:

A fines del siglo décimosexto toda esta parte de América, desdeñada por la codicia de los primeros conquistadores, presentaba un cuadro sombrío. Fiscalizada en el Perú la extracción de las riquezas, las bandas de aventureros retardados, que llegaban de España, comenzaron á desbordar sobre estas regiones desconocidas. Apenas si uno que otro expedicionario, movido por un sentimiento benigno, marcó con su espada, en la soledad enorme, el sitio de algún pueblo futuro. Los demás: soldados facinerosos con el corazón encallecido, gavilanes del mar, segundones famélicos, vagabundos desesperados y heroicos invadieron nuestro suelo empujados sólo por una esperanza feroz de fortuna y de sangre.

La alucinación calentaba todavía el cerebro de aquellos hombres. Olfateando

los rastros del indio, esperaban sorprender, á cada paso, el tesoro enterrado, la huaca repleta de metal ó quizás el verdadero Cipango; y más de una vez debieron apearse del caballo para examinar de cerca el talco engañoso de los caminos. Aquí mismo, entre los que acompañaban al ilustre fundador de esta ciudad, no debió faltar alguno que se enderezara visionariamente en los estribos al divisar de pronto, á lo lejos, ese resplandor dorado de vuestras montañas, soñando todavía en las comarcas fabulosas donde el metal reverberaba desnudo bajo el sol.—La desilusión fué algo terrible. Aquellos hombres de hierro, amparados por la soledad y la distancia, descargaron sobre el indígena todo el rencor de su desengaño. El conquistador había sido brutal, el encomendero fué siniestro. La caza humana, el azote, el tormento reemplazaron las carnicerías heroicas. Irala nos hace perdonar á Pizarro.

Pero un día, al volver la cabeza, el soldado embrutecido por el desierto, creyó tener ante sus ojos una visión de su propia conciencia. Un puñado de misioneros le seguía silenciosamente.

Estaban ahí sin que se les hubiese visto llegar. El sol había cocido sus rostros chupados por el hambre y sus piés tenían como un cuero de polvo.—Parecían como evocados milagrosamente por un solo gesto de Dios.— Entonces, señores, se realizó uno de esos hechos admirables de la historia que devuelven, en medio mismo del crímen, la ilusión de la humanidad. Como otras tantas veces, el exceso del mal despertó el heroismo de los actos sublimes. Los hijos espirituales de San Francisco de Asis, de San Pedro Nolasco y luego la milicia, entonces fuerte y admirable, de Loyola, se dispersaron en el desierto. Despedíanse en las encrucijadas disputándose unos á otros los peligros y á veces, completamente solos, se dirigían en busca de las tribus exasperadas, sin otro poder que ese signo que levanta en medio de la barbarie el brazo de los misioneros. Su vida, en medio de las hostilidades de la naturaleza y del hombre, será siempre un misterio. ¡Qué suma de abnegación, de paciencia, de santa sagacidad, de ternura dominadora es necesario suponer en aquellos seres extraños para explicarse el resultado de su obra! Despreciando los más justos hala-

gos de la vida, abandonaron su gloriosa tierra de España para venir á encender en la sombra de este mundo naciente la luz más pura del espíritu y del amor. Su disciplina poderosa y paternal fué para el indígena el refugio contra todas sus desgracias; y, debido también á ellos, nuestras ciudades vieron surgir, con sus primeros muros, las instituciones que anticiparon nuestra cultura hereditaria.

Uno de ellos se destaca entre todos por su pasión original y creadora. Nacido en este suelo de América, en medio de la anarquía, en medio de las más tenebrosa ignorancia, cuando la misma naturaleza parecía rechazar la presencia del hombre, con la espesura impenetrable, con la espina, con el insecto, con la fiera, vivió como exaltado por una inmensa esperanza. La luz de su espíritu transparentó, seguramente, el velo manchado de sangre que ocultaba entonces el porvenir de su suelo natal, y, quizás, señores, el sentimiento de una gran patria futura golpeó sus primeros latidos en el pecho de aquel monje.

Andariego incansable, su figura se hizo muy pronto familiar desde la Asunción hasta Córdoba. A su paso, las poblacio-

nes salían á recibirle con una sonrisa de amor, reconociéndole desde lejos, en los días luminosos, bajo la sombra transparente de su quitasol violeta de obispo; y más de una vez, en medio de los campos, el indio fugitivo de las encomiendas corrió á esconder entre los pliegues de su hábito sus ojos espantados.

Formar en las aldeas miserables de entonces una clase ilustrada, capaz de civilizar las costumbres: ese fué su sueño. Perseverancia, desvelos, la influencia de su cargo, su mismo «talento de púlpito», como dice la crónica y hasta la propia hacienda, todo, púsolo al servicio de su propósito. Así nacieron el colegio de Santa Catalina, en Santiago del Estero, el de San Francisco Javier en esta ciudad, y por fin, en el año 1614, aquel Colegio Máximo, de donde surgió vuestra universidad ilustre.

Casi tres siglos, verdadera eternidad para nuestras cosas de América, han transcurrido desde que fray Fernando Trejo y Sanabria echó en la tierra semibárbara la semilla de su gran pensamiento. Desde entonces, los altos estudios han sido siempre la nobleza hereditaria de Córdoba. — Vuestro reconocimiento es

más que merecido. Feliz la ciudad que consagra tan orgullosamente sus grandes tradiciones. Feliz la ciudad argentina que á través de trescientos años siente de este modo la gratitud de una acción puramente espiritual.

Pero,—debo decirlo de una vez,—por encima de esa devoción doméstica de que habéis rodeado el recuerdo de aquel franciscano insigne, yo veo, señores, en su pasión y en su obra, un nuevo símbolo del ideal que levanta en mi espíritu el más amplio problema de mi país. Es lo propio de las grandes obras humanas esa diversidad de sentidos que toman en los tiempos.

Voy á explicarme. Se ha repetido muchas veces y en todas las formas: nuestra esperanza de grandeza futura no puede estar en otra parte que en ese aluvión humano que, á través de los mares, arroja sobre nosotros el desagregamiento continuo de los grandes pueblos envejecidos. El núcleo tradicional es demasiado pequeño para recoger, con su solo esfuerzo, las ventajas de este país admirable, que, por sus variadas riquezas y hasta por su misma forma peculiar, podría ser representado por una de esas

cornucopias simbólicas en que los griegos resumían todas las gracias y todas las fecundidades de la tierra.

Pero sería insensato esperar que esa grandeza pronosticada habrá de producirse, fatalmente, por el solo hecho de la aglomeración inmigratoria. Es inevitable admitir la necesidad de un plan superior, de un espíritu, de un alma que imprima á todos esos elementos desiguales y abruptos el tipo arquitectural y el equilibrio de la construcción futura.—Las piedras de las avalanchas no han formado nunca, por sí solas, un Partenón ni un Capitolio.

¿De dónde deberá surgir esa influencia? He ahí la cuestión.

No creo pecar de extravagante al decir que la Europa nos envía, sólo de tarde en tarde, la visita, más ó menos larga, de sus espíritus selectos. El verdadero talento no emigra. La ola arrastra solamente á los peces menores. Se me podría responder, lo sé, con uno que otro nombre excepcional: el de Groussac, *por ejemplo;* pero este hijo de Francia salió demasiado joven de su tierra.—Un vuelo primaveral esclavizó su destino, en esa edad en que uno se ignora á sí mismo.—

El número de arribantes, fuera de una pequeña burguesía comercial inteligente, lo forman, en su mayor parte, seres humildes. Rara vez la gloria se ha embarcado con ellos. Es el éxodo de los desesperados del hambre y de la iniquidad europeas; de los que saben que verán llegar su último día en la misma miseria obscura de la casta inflexible en que nacieron; es, en una palabra, la fuga de los eternos esclavos, atraídos por la sonrisa de esta tierra lejana, donde el trabajo de una sola vida ha realizado, más de una vez, encumbramientos inverosímiles. Son para nosotros la gente bendita, la gente necesaria, los grandes laboriosos, los pacientes, los que sufren y olvidan en silencio. ¿Quién de vosotros no ha sentido, alguna vez, desgarrarse su sentimiento nativo ante una de esas historias terribles en que ellos cuentan, con una sonrisa resignada, el saqueo total de sus ahorros de muchos años, entregados confiadamente á la honradez de la nación?—Lo dicen sin una amenaza, sin una lágrima siquiera, y, escupiendo sus manos rudas, vuelven á tomar la herramienta é inclinan el cuerpo para seguir labrando nuestra propia tierra. Es algo

augusto, señores, la resignación de esos seres humildes.

Sin embargo, no me parece que sean ellos también los que deban encargarse de ese tesoro de razón y de experiencia propia, de esa herencia de sacrificios, de meditaciones, de heroismos, que nos legaron los fundadores de nuestra nacionalidad; ni creo que pueda surgir de esa turba dolorosa, que arrastra, en su mayor parte, todas las sombras de la ignorancia, la clase dirigente capaz de encaminar hacia un ideal grandioso la cultura argentina.

Pienso, por el contrario, que son ellos los que tendrían el derecho sagrado de exigirnos, para sí y para los hijos que dejaren en este suelo, una dirección moral superior y la garantía de un carácter nacional honrado y culto. He ahí, señores, marcada nuestra verdadera misión, que, así enunciada, podría desprender diversos corolarios. Sabríamos, por ejemplo, que la iniciación industrial, aunque siempre útil, no debe ser nuestro mayor desvelo, pues la Europa habrá de rebosarnos de aptitudes prácticas, con sus razas seculares de artesanos, con sus razas de agricultores que han extenuado

su propia tierra.—Por otra parte, el trabajo material está regido por las leyes del interés y la urgencia: leyes incomparables. Donde haya una necesidad material que satisfacer ó el cebo de un negocio posible, está por demás la tutela cariñosa de los gobiernos. Los ganaderos y agricultores de Buenos Aires, de Córdoba, de Santa Fé, son nuestros únicos sabios.—El prestigio de la iniciación oficial reposa en esa coerción contínua hacia los esfuerzos inmateriales del espíritu, que no ofrecen un provecho inmediato; pero cuya influencia misteriosa, como las grandes fuerzas de la naturaleza, decide con el tiempo del destino de una raza.

No es así, lo sé, como se ha planteado la cuestión en los recientes debates del parlamento. A mi ver, en cuanto al aspecto que pudiera llamarse metafísico, los oradores han incurrido, una vez más en una de esas discusiones pueriles, tan frecuentes entre nosotros, sobre la preferencia de cosas igualmente imprescindibles; y en cuanto al aspecto práctico, no se ha hecho otra cosa que revelar al país un nuevo escándalo administrativo. El gobierno de la nación ha pretendido de-

mostrar que ciertos colegios nacionales son funestos, porque el gobierno de la nación hace de ellos un uso inexcusable; porque se sirve de ellos para mantener influencias mezquinas; porque, en vez de ennoblecer, degrada con su propia mano, por medio del favor y el derroche, esas instituciones sagradas.

De ahí, señores, que, por encima de tanta palabra elocuente, no quede otra cosa que el servicio de esa valiente revelación del ministro de instrucción pública. Su esfuerzo no será estéril. El proyecto de supresión de colegios nacionales provocará, algún día, su reforma, y el programa de escuelas prácticas despertará probablemente en la juventud una aspiración nueva, debido á esa dignidad que arroja siempre sobre cualquier actividad humana la preocupación de los hombres superiores.—No exijamos á los que bajan á la lucha el eclecticismo confortable de los que miramos de afuera. A la lucha se vá con ideas recias, con ideas de una sola punta, como las espadas, para que se abran paso entre el tumulto y marquen la imaginación con la herida de un hondo recuerdo.

Sin embargo, me atrevo á decir que

lo que la industria argentina exige, ante todas las cosas, no es, en modo alguno, esa providencial iniciación escolar; sinó que se la ampare, tan sólo, bajo un ideal patriótico de honradez y de orden. Y para nutrirse de ese ideal—la experiencia humana lo demuestra,—no encontraremos nada comparable á la influencia de la educación. Pero de una educación seria, substancial, vigorosa, que lave de una vez hasta la última pústula de esa barbarie política, perversa y mediocre, que encostra como una lepra el cuerpo de nuestra patria, gastándole el vigor y la sangre.—Es difícil pensar y sentir bajamente cuando se ha vivido los años de la juventud en la pureza y el ascetismo del estudio. La substancia impresionable del espíritu guarda siempre, á través de la vida y cualquiera que sea el destino del hombre, el eco armonioso de los ideales supremos; y pudiera comparársela, en este sentido, á esos caracoles marinos que parecen conservar la primera luz de la aurora y que repiten eternamente la canción de las aguas, que no volverán á mojarlos.

Es un rasgo peculiar de nuestro carácter nacional imitar lo extranjero con

la hipérbole. Así como en las modas mundanas, la idea europea repercute entre nosotros en su forma caricatural. Es lo que ha sucedido con el principio democrático. La Europa ha dado este nombre al cambio de una aristocracia secular, fundada en la iniquidad, por una aristocracia cristiana de la virtud y el saber. Nosotros hemos creído que se trataba del reino de la brutalidad y del gobierno de cualquiera.

No, señores; sin el triunfo de una clase ilustrada, viril y formada en los grandes ideales, no marcharemos; ni siquiera económicamente. El mejor negocio que han hecho los Estados Unidos es haber formado ciudadanos como Washington, Franklin ó Lincoln; así como no hay suma de dinero, ya que se quiere tomar este criterio, que pudiera representar en nuestro país, á través de nuestras aventuras deplorables y ante todas las amenazas del embrutecimiento y del vicio, la sola presencia de un hombre como Mitre ó como López.

Nuestra más urgente aspiración debiera ser, señores, ver levantarse en cada provincia argentina una juventud noblemente inspirada, que formase en

todo el país una asociación de voluntades, de cultura, de propósitos superiores, capaz de sacudir la languidez de esas poblaciones aborígenes, sumidas en el quietismo de un perpetuo nirvana, é incorporarlas al esfuerzo activo de la nación; capaz de definir un carácter nacional digno de nuestras viejas tradiciones, y que diese la esperanza de ver rotos por ella, algún día, todos los hilos de esa red sofocante del actual sistema político.

Pero para eso es preciso que los jóvenes de las provincias, puedo decirlo entre vosotros que dáis el ejemplo contrario, abandonen resueltamente la tentación malsana de Buenos Aires y que la fuga gratuita del suelo en que nacieron sea considerada como una verdadera deserción. Buenos Aires debe ser amado por ellos, desde lejos, como idea grandiosa; pero desdeñado virilmente en sus seducciones materiales y frívolas, que no les reservan otra cosa que las angustias de la vanidad.— Si es por motivos de gloria, que esperen, cuando menos, la madurez de las ideas; como aquellos profetas hebreos que, sólo después de muchos años de reconcentración solitaria, hacían su

entrada en Jerusalén vibrantes de revelaciones.

Todos los halagos materiales de nuestro progreso advenedizo no valen más, señores, que los encantos de vuestra vida sencilla, perfumada por las gracias de esas hijas de Córdoba, herederas de una cultura abolenga y genuina, que asombran al que llega con el brillo de sus ojos obscuros y con esas palideces adorables cuidadas á la sombra de las celosías y en la frescura de las iglesias. Esas mismas casas de Córdoba, que conservan todavía la teja colonial, dicen algo más al espíritu que nuestra albañilería flamante; y es más fácil que el alma juvenil se nutra vigorosamente en el silencio de vuestras huertas natales que entre los placeres afeminados de nuestras costumbres.

Yo sé de alguien, señores, que en medio del ruido de la gran ciudad, ante esa cuba de fermentación humana donde se revuelven las gentes más inesperadas, ante esa invasión tumultuosa de instintos obscuros y bárbaros, que nadie encamina y que amenaza ahogar para siempre hasta nuestro orgullo tradicional...; yo sé de alguien que necesita, en ciertos momentos, apartar la imaginación hacia otras regiones de su patria.

Nunca será excesivo, jóvenes cordobeses, el apegamiento á vuestra ciudad encantadora. Donde quiera que fueseis arrastrados por el mismo viento de Ashaverus, no encontraríais jamás, en ninguna región de la tierra, dulzuras más íntimas que las del suelo en que nacisteis. ¿Qué avenidas, qué parques, qué jardines famosos valdrían para vosotros esas quebradas vecinas, donde tomásteis el primer nido, la primera flor, la primera fruta salvaje?—Aquí sintió vuestra infancia los primeros azoramientos, aquí corrieron vuestros primeros años en la frescura de la huerta, entre la voz de las campanas familiares y entre ese indecible sahumerio de memorias vetustas y austeras. Nó, jamás vuestros ojos mirarán un horizonte que les haga olvidar el de esas montañas, que tantas veces habrán recibido vuestra confidencia muda, en esa hora de la tarde en que parece crecer en el espíritu, como una bruma crepuscular, la evocación de los días que pasaron, con el recuerdo de los muertos queridos y de los primeros amores.

No vaciléis en entregar á vuestra provincia todo vuestro esfuerzo, vuestro amor, vuestra vida. No encontraréis me-

dio mejor de servir á la República. Si queréis riqueza, ella os da á elegir entre los tesoros minerales de sus montañas y la fecundidad de sus llanuras; si buscáis la alta educación de la inteligencia, no está lejos esa universidad ilustre, madre espiritual de Funes, Agüero, Ocampo, Ferreyra, Paz, Vélez Sársfield, Avellaneda, García, Cortés... y que hoy dirige ese ciudadano ilustrado y caballeresco, á cuya benevolencia debo el honor inmerecido de dirigiros en este momento la palabra. Estrecháos en torno de sus maestros, perfeccionad continuamente sus estudios, ventilad hasta la última hebra de telaraña escolástica con el aire libre de la ciencia. No la dejéis morir jamás. Sin ella Córdoba habría perdido su alma, y el país una de sus mejores defensas del sentimiento nacional y de la cultura superior del espíritu. Y ahora mejor que nunca levantad, cuanto antes, como un símbolo austero, la estatua de su fundador. Que su figura, inspirada y ascética, se ierga eternamente, aquí mismo, en la encrucijada de la República, en el corazón de la patria, para que las nuevas generaciones recuerden que hay una antigua virtud, una cultura secular, un

pasado venerable y que no han nacido en un país advenedizo sin tradición y sin alma.

Octubre 7 de 1900.

CARTA ABIERTA

AL DR. JOSÉ M. RAMOS MEJÍA

«LA NACION» NOVIEMBRE 5 DE 1899

Estimado doctor:

Hace pocos días de vuelta del campo, de donde se trae á menudo una idea más fácil de todas las cosas, comencé la lectura de «Las multitudes argentinas». Mucho tiempo hacía que no saboreaba una obra literaria tan naturalmente. Mis ojos han corrido sobre las páginas, como cuando leía una novela á los quince años.

A mi entender, la aparición de un trabajo tan original, tan vivaz, tan repleto de espíritu, que desenvuelve, bajo una nueva luz, esa gran tela histórica, debería repercutir sensiblemente en la inteligencia argentina, aún cuando sólo fuese en forma de censuras. Sin embargo, muchos abogados han hecho más ruido con sus tesis universitarias.

El país ha cambiado profundamente en pocos años. En otros tiempos de amable tiranía literaria, en que *las frases* lle-

vaban á la presidencia de la República, bastaba, á menudo, un mediocre artículo de diario para alborotar la ciudad; algún ensayo, apestando á diamela romántica, fundaba á veces, de un golpe, una reputación gigantesca; los malos versos se pegaban á los oídos; las mujeres secaban flores tenues entre las páginas de nuestros poetas. Nada más merecido que el nombre de «Atenas del Plata».

Hoy, ustedes, los que escriben, no recogen sinó uno que otro gesto agrio de envidia democrática. Apenas si la crítica profesional cosmopolita ha dejado caer algunas austeras palabras de favor sobre su libro de indígena, menos feliz, mil veces, que «La Scoperta» del señor Pascarella.

Es que el alma nativa se muere. Ayer éramos, al menos, el altivo tribuno despeinado por «las auras de la libertad». Dentro de algunos años, pedagogos vomitados por tierras extrañas querrán llevarnos de una argolla nasal, como á un toro soñaliento y manso.

No me tengo por gran conocedor de la literatura de mi país. Sin embargo, en diversas ocasiones, movido por un anhelo de estudio más bien que por una

curiosidad irrespetuosa, he revuelto los viejos periódicos y he dirigido mi sed de verdad hacia la fuente sagrada de nuestros más elogiados escritores de otros tiempos. No quisiera dejar deslizar, al compararle á usted con ellos, la menor irreverencia. Soy algo supersticioso y me parecería inmediatamente, como á don Juan, «que sus bustos oscilan, que su vago contorno medra». Singularizarle entre los vivos me sería aún más dificil. Desgraciadamente, usted desafía casi solo en su generación, con trabajos de aliento, la hostilidad y la indiferencia. No me ha sido tampoco encomendada, como á un crítico, la misión superior y triste de juzgar á los vivos y á los muertos. Prefiero, pues, decirle solamente, con toda prudencia, que su último trabajo representa, en mi opinión, un serio progreso en nuestra literatura y que dado mi entusiasmo mediocre por cierto procedimiento literario que ha llegado á constituir nuestro estilo nacional, usted se presenta como un novador bienvenido.

Era ya tiempo de cerrar el ciclo de ese gusto oratorio, que no persigue más fin artístico que finalizar los parrafos con

el movimiento redondo y siempre igual de una rúbrica. Ya tenemos bastante de esa forma fácil, pomposa, inepta, que no alcanza jamás la sensación justa, que hace pensar en otra cosa ó marea la atención y adormece como un zumbido.

Sus defectos, siempre los hay, son de una índole menos rudimentaria y hasta en ellos mismos se puede señalar el adelanto. Sobre todo, su expresión vive, sufre, trabaja. Se la siente morder la idea. La sangre activa circula por ella llena de expansión, de salud, de fuerza, regando las menores fibras. No es ya la fuga verbal arrastrando al espíritu. Usted se sobrepone á la frase, la espolea, la rige sin miedo, un poco á la criolla á veces; pero bien ó mal, la mete donde quiere.

He anotado, en mi ejemplar más de un párrafo, seducido por los hallazgos de expresión, por el libre movimiento, por el brillo. Sin embargo, si yo acercara á su estilo el lente de relojero que aplican los críticos, me creería capaz de descubrir aquí y allá, uno que otro pasaje de mal gusto, malicias poco elegantes, licencias periodísticas, ocres demasiado crudos como en la pintura de

escenario y, en general, cierto esfuerzo de brusquedad, de violencia, cierto rebuscamiento de expresiones excesivas, que sobrepasan demasiado la sensación y que si á veces son irreemplazables, desprestigian los efectos con el abuso y sacrifican la exactitud. No me costaría tampoco, señalar en su manera literaria algo como un furor atormetado de epítetos, los cuales suelen no encajar, con frecuencia, satisfactoriamente, en la frase. El estilo es un coche que rueda; el golpeteo de una sola pieza que no ajusta perfectamente basta, á veces, para ahogar el placer del panorama. Por otra parte, le confesaré,—si me es permitido hablar de estas cosas—que la terminología que usted pide, en diversas ocasiones, á todas las ciencias...; pero dejemos esto para más adelante.

Yo creo que ese ideal literario de brusquedad y vigor masculinos, de realidad violenta, de gestos vivos, que ese lenguaje que se renueva en los dos extremos de la ciencia pura y de la espontaneidad popular, fundiendo el tecnicismo filosófico con los hallazgos instintivos de la multitud, será probablemente la forma de la nueva evolución. Se la siente lle-

gar. El mismo afeminamiento sospechoso de los decadentes ha de acelerar su advenimiento como una reacción imperiosa. Entonces triunfará, sobre todas, para morir á su vez, esa forma genuina de la edad libre y sabia, de la edad de la fuerza industriosa, domadora del hierro, en que la ecuación y el músculo forjan el poder inverosímil y en que por primera vez comienza á mirarse, con una inquietud sagrada, ese pecho formidable y hombruno de la Democracia, de donde saldrá la historia futura. Pero si esa forma literaria tiene razones de ser tan profundas, no debe tomársela por esa misma razón, á mi entender, con el furor de una moda.

Quizá mis propias deficiencias de observador me dictan ahora estas alusiones á su estilo; fenómeno cuya posibilidad no admiten nunca los críticos! Ahora, como siempre, hablo de estas cosas tanteando como un ciego en la duda.

Ensanchando el criterio, debo declararle que algunos pasajes de su libro me han dejado la impresión plena de un concepto definitivo sobre ciertos momentos de nuestra historia, como, por ejemplo, el magnífico capítulo de «Las inva-

siones inglesas». Es posible que antes de un año cambie de opinión,—me suele pasar á menudo;—pero por ahora me parece estar convencido. Así me explico yo aquel heroismo anónimo de la población, ó multitud, si Ud. prefiere, del viejo Buenos Aires, y así también la figura de Liniers. Es solamente una descripción de pasiones, de instintos; pero se desprende tal aliento de verosimilitud que, como en la lectura de ciertos dramas, la imaginación completa irresistiblemente la acción y el cuadro.

En cambio, no puedo decirle lo mismo del ensayo de *sicología colectiva* sobre la revolución militar y letrada de Mayo. No me atreveré á afirmar que el pueblo no tuvo en aquellos primeros momentos una influencia apreciable; pero esa multitud que invade la plaza el 22 y el 25, fiera como una *jacquerie,* poderosa, melodramátrica, irresistible, con la conciencia solemne de su misión, con la clarovidencia de los sucesos, «que quería, mejor dicho, que, *sentía* la independencia», me parece una creación simpática para nuestro sentimiento patriótico; pero probablemente algo lejana de la verdad *científica*. Es el abultamiento subyuga-

dor que hace á un tiempo, el encanto y la ineficacia de las construcciones históricas de Hugo y que no vacilo en atribuir, en Ud., al esfuerzo sistemático que anuncia anticipadamente el título de su obra. Puede ser muy bien que sea yo el equivocado; pero me tranquiliza el saber que, de todos modos, me acompañaría en mi error el mismo D. Julián de Leiva, protagonista de aquellos sucesos, quien al salir al balcón del cabildo, el dia 25, exclamó: «¿Dónde está el pueblo?», después de haberlo buscado con su propia mirada, en todas direcciones, desde aquel punto de vista excelente.

En cuanto al nuevo método que Ud. pretende aplicar al estudio de nuestra historia, apenas si puedo trasmitirle algunas intuiciones inocentes sobre esos graves estudios de última hora. De todos modos, me parece que Ud. mismo no tiene por ellos una devoción perfecta de iniciado, lo que me permite hablarle con holgada franqueza. La cubierta, algunas entradas en materia, uno que otro párrafo, uno que otro ejemplo, denuncian, en realidad, su tentativa de explicar la evolución argentina con los procedimientos de esas ciencias que, recién

descubiertas, parecen haber nacido adultas y armadas como las antiguas divinidades; pero, cuando su espíritu, herido por el interés vivo de un asunto, siente la propia reacción y la fiebre del trabajo cerebral despierta sus impresiones personales, adormidas por la actitud ficticia, entonces «como un falso cojo que ve rodar un escudo», arroja Ud. la muleta escolástica y deja correr francamente su vigoroso talento en párrafos vehementes, libres, subyugadores, que parecen acercarse de un solo salto á la verdad, con un método histórico bastante parecido, en mi opinión, al que vienen empleando los grandes historiadores desde el viejo Tuccídides. Eso será lo que quede de su obra. Esta vez creo no equivocarme. Su propia espontaneidad le ha salvado y es de esperar para honor de su nombre y satisfacción de los que admiramos sus reales condiciones de escritor, que ese contagio sociológico pase por su organismo como un *virus atenuado*, preservándole para siempre.

Probablemente yo ofendo ahora la majestad del saber con estas observaciones á la buena de Dios,—válgame la ignorancia;—pero Ud. sabe, como buen sicólo-

go, que no hay nada tan irreductible en nuestra naturaleza como el instinto. Desde hace algunos años, sin que sea capaz de explicarlo, cada vez que tomo en mis manos una de esas obras de los últimos filósofos, me asalta una sospecha cruel; el nombre de Molière me persigue; y, cuando trato de buscar la filiación de la nueva familia, vacilo entre aquellos augures que se guiñaban el ojo al encontrarse y los ingenuos escolásticos de la Edad Media levantando pacientemente en la nada del absurdo sus enormes construcciones inútiles. De todos modos lo que resulta indudable para mí es que el nuevo *grupo* es menos poético. El viejo alquimista ha inspirado á Goethe su Fausto, los señores Tarde, Sieghele, Bertillón, evocan cuando más la jeringa de Sganarelle.

No me ha faltado buena voluntad para iniciarme en sus Misterios; pero la empresa no es vulgar. El nuevo *método* consiste en aglomerar, á propósito del más doméstico de los actos humanos, la mayor diversidad de leyes científicas. Verdaderas *multitudes* de ciencias! Es formidable. Comprendo perfectamente que esos espíritus avanzados miren con

un magnífico desdén la actitud mezquina de un Pasteur ó un Bernard que estrechando cada día la especialidad de sus investigaciones, parecen haber hablado al mundo en voz baja, como enfermos de desconfianza; y que, escarmentados por las traiciones de la experimentación, ocultaban, durante años enteros, sus conquistas asombrosas. Sin embargo, es curioso observar que el florecimiento de estas familias filosóficas sigue siempre á la canonización de uno de esos monjes del laboratorio. Parecen creer que el genio ha triunfado por algún secreto mediocre, fácil. Hacen dogmas de sus hipótesis, catecismos de sus dudas, imitan sus gestos, toman por lo general lo que pasa, lo que muere, y durante un tiempo le carcomen, le chupan como parásitos. Son los piojos del león. A Taine le han raspado hasta la sangre su famoso sistema, que no ha vivido treinta años, sin comprender que lo que hay de prodigioso y robusto en su obra, lo que no puede morir son sus impresiones subjetivas, la condensación de su época, su arte poderoso, en una palabra: su genio. Pretenden escalar con una torre de andamios la altura en que vuelan las águilas. Es el

viejo esoterismo, que ha tenido sus representantes en todas las épocas, porque por encima de la superstición ó la ingenuidad, siempre habrá interesados en disfrazar con fórmulas más ó menos herméticas, hijas de la paciencia mediocre, la falta de pensamiento.

Los sociólogos nos hablan de nuevos procedimientos, de nuevas formas. Desdeñan, compasivamente, la *anticuada* Historia, como si en ella no entrara todo lo que prometen descubrir; prescinden de la exposición y comentario de los documentos, que es, sin duda, la mayor probabilidad de exactitud; y recurriendo sólo á los métodos de las ciencias físico-naturales, pretenden descomponer, en todos sus elementos, como un cuerpo químico, los hechos sociales. No piensan quizá en un factor extraño que ha de incomodarles probablemente por algún tiempo, pues no ha sido descifrado todavía por los laboratorios: el espíritu, el alma del hombre!

Negar por los siglos de los siglos es filosóficamente falso; pero me parece que mientras las ciencias fundamentales, como la sicología y la fisiología, no logren explicar, pasablemente siquiera, esta fun-

ción peculiar del animal humano será algo aventurado pretender descubrir, por medio de esas confusas analogías con las demás especies creadas, la verdad exacta, *científica,* de los hechos colectivos de la sociedad, desvanecidos para siempre en el tiempo. Y á falta de una relación necesaria entre los factores perceptibles y su resultado, en la imposibilidad de experimentar y prever, tendremos que contentarnos con aproximaciones inseguras, con símbolos, con fragmentos de verdad, con algo, en fin, que podría llamarse: «la verdad literaria» y que no puede ser otra cosa que las impresiones subjetivas de los grandes escritores, — condensadores del concepto filosófico de su tiempo, — ante el mayor número de rastros humanos.

Sin embargo, ¿quién se atrevería á negar que los estudios históricos han dado en este siglo un paso considerable, debido á un nuevo criterio más racional, más positivo, más verdadero, que ha venido á destruir tantos viejos prejuicios?

Según la sociología—y es esto lo que me cuesta admitir,—ese acontecimiento debe atribuirse á la aplicación de los métodos y sistemas de las ciencias físico-

naturales, á un beneficio directo de éstas á la historia. Para ellos Geoffroy Saint-Hilaire y Cuvier, son los verdaderos autores de *Les origines de la France contemporaine*. Es una pobre ilusión. Lo mismo podría decirse de la literatura ó de la música, que no han quedado tampoco extrañas al gran movimiento. Es que actualmente, como en todas las épocas, existe una concepción superior, universal, una nueva forma de espíritu, un último criterio filosófico que es como el resultado espiritual del progreso y que anima y sella todas nuestras manifestaciones morales, desde la alta especulación hasta los sentimientos inferiores del gusto. No debe sorprendernos, pues, que la forma actual haya aprovechado inmensamente del desarrollo científico; ni deben extrañarnos tampoco los contactos y las analogías de las cosas diversas, puesto que toda la Naturaleza, desde la idea humana hasta la fecundación de una flor, no es sino una inmensa armonía.

De ahí que no pueda condenarse en absoluto que, así como los hombres de ciencia suelen pedir al arte sus secretos eficaces, los encargados de describir y comentar los hechos obscuros en que ha

intervenido el alma humana, pidan, en ciertas ocasiones, su socorro á la ciencia, siempre que procedan con una desconfianza saludable, con reserva, con decencia, sin asimilar sus conclusiones á las de la ciencia legítima y sin pretender apresar la nube inaccesible en la jaula de un dogmatismo aburridor y pedante.

Sin embargo, yo no veo que, en resumen, la ciencia les deba otra cosa á esos fatigantes filósofos infatigables, que la vulgarización de su difícil tecnicismo, y la literatura un nuevo gusto dudoso de metáforas. Metáforas menos agradables y quizá menos exactas que las que se han usado hasta ahora. Usted mismo parece haberse propuesto demostrarles irónicamente esta última observación con una gran variedad de ejemplos dobles. Tomo uno al azar:

«La multitud hace hoy la independencia de América y mañana la tiranía de Rozas ó la anarquía de 1820, como el torrente de agua que mueve aquí metódicamente la rueda muda del molino, para hacer el pan de cada día y más allá devasta la comarca llevándose por delante los bosques y ahogando los niños.»

Semejante imagen encantadora (como

no hará nunca el señor Sieghele) es más expresiva, en mi opinión, y probablemente, más científica que el próximo pasaje en que usted expresa una idea semejante comparando al hombre de la multitud con los «quilópodos ciegos de Plateau ó las larvas de dípteros en que experimentaba Pouchet.»

Finalmente, no vacilaré nunca en declarar, á riesgo de ser perseguido como un nuevo Poliuto que, mientras los sociólogos no hagan otra cosa, en materia de conquistas, que citarse los unos á los otros á propósito de observaciones infantiles, seguirán siendo preferibles las mismas intuiciones vagas de esos espíritus superiores que hacen sociología sin saberlo. Sospecho, por ejemplo, que hay más *ciencia de las multitudes* en la breve escena del discurso de Marco Antonio ante la plebe romana, en el *Julio César* de Shakespeare, que en cualesquiera de las obras *ad usum philosophorum* del señor Le Bon. Sobre todo, los nuevos filósofos no han dado señales todavía de poder pronosticar, con certidumbre, como en las otras ciencias, el menor acontecimiento; y en cambio el poeta inglés, á varios siglos de distancia, los ha presagiado á ellos mismos en un breve símbolo:

«Hamlet: ¿Véis, allí abajo, aquella nube que tiene la forma de un camello? Polonio: - En verdad, tiene el tamaño y también la forma, no hay duda.—Me parece que se asemeja á un cuervo.—Es, en efecto, la forma de un cuervo.—O más bien la de una ballena. Exactamente la de una ballena.»

¡Admirable parábola! Habla del servilismo de los nuevos Polonios por las premisas extrañas y de esa misma preocupación de hallar analogías exactas entre lo vago, lo instable, lo informe y las clasificaciones familiares de la naturaleza.

Creo tener razón, pero creo también que el viejo buen sentido va perdiendo su eficacia. Para impresionar hoy día á los mismos iniciados, es necesario el manto litúrgico de la terminología y del sistema.

Sin embargo, he hecho estudio de hablarle sencillamente. Usted inspira esa actitud, como un deber. No quiero ni puedo confundirle en la gran corporación. Tengo casi la seguridad de que tarde ó temprano su misma musculatura habrá de rasgar el apretado uniforme; y le confieso que lamento no tener con usted un ascendiente comparable á mi respeto

y á mi admiración, para incitarle á romper del todo con esa masonería literaria, con esa ciencia oculta de la mediocridad.

Pero, ¿cómo creer que usted, dotado pródigamente por Dios del metal misterioso que los nuevos alquimistas quieren procurarse por medio de *transmutaciones,* ha de seguir pidiéndoles humildemente sus retortas filosofales?

Confío, pues, en que su obra futura será el fruto sano, admirable, genuino, que anuncia desde ahora su naturaleza excepcional de escritor; y le felicito, entretanto, sinceramente, por numerosos pasajes del libro que ha tenido la fineza de enviarme y cuyo raro mérito no podrían desconocer sino la necedad ó los celos.

NOTICIA BIOGRAFICA

PUBLICADA EN LA

REVISTA «LA BIBLIOTECA»

JULIO A. ROCA

Nació en Tucumán, el 17 de julio de 1843. Se educó en el colegio nacional de Concepción del Uruguay, en la provincia de Entre Ríos. Hijo de soldado, abandonó las aulas á la edad de diez y seis años, para alistarse en el ejército de la Confederación. En Cepeda recibió su bautismo militar; estuvo en Pavón y tomó parte en la campaña del interior contra las montoneras del Chacho y Varela... Continuar prolijamente el relato sería, en cierto modo, hacer la historia de la república durante los últimos treinta años: de tal manera se halla confundida con la vida nacional esta nutrida existencia, entregada, por entero, desde la juventud, á los afanes de una acción incansable. Los combates heroicos del Paraguay, la victoria de Ñaembé, la

proeza feliz de Santa Rosa y la fecunda campaña sin sangre del desierto, son las plumas brillantes que forman su penacho de soldado vencedor. Elegido para la presidencia de la República, en 1880, ha continuado ejerciendo una influencia constante, aun fuera del poder; pues nadie logró hasta ahora arrebatarle el *consulado* de los intereses políticos del interior en la metrópoli, que es sin duda la raíz más fuerte de su autoridad. Sin embargo, durante su larga carrera, ha vivido desarmando resistencias y aplacando iras como un beluario de las pasiones populares. Más de una vez la canción de Armodio ha resonado amenazadora á sus ventanas. Pero parece que la Diosa siniestra le hubiera acompañado en su marcha, apartándole del camino para siempre, con predilección extraña, sus más peligrosos rivales. — Actualmente representa la carta mayor en el juego de la política argentina, y, como casi todos los hombres que logran conquistar un predominio semejante, el general Roca es el expresivo resumen del momento histórico en que actúa. Puede decirse que no existe en su fisonomía moral un solo rasgo que no responda, con singular

armonía, á alguna modalidad política del país. De ahí que sus defectos le hayan sido tan favorables como sus mejores cualidades.—Su escuela política, heredera acicalada de la ambición sagaz de nuestros caudillos, hace pensar á veces, por más de un rasgo de fineza florentina, en el *arte* sigilosa y segura de los dominadores italianos del Renacimiento, ennoblecida, empero, por un espíritu civilizado y benigno.—Diríase un Sforza amable y celoso de la opinión.—A pesar de que á veces toma la política como un juego y abusa de la destreza, es por lo general prudente y, sobre todo, enemigo de las actitudes revoltosas, aunque más apasionado de lo que el vulgo sospecha al través de su asombroso dominio; sólo que toda fuga íntima se recoge de nuevo al ir á brotar por sus ojos fríos ó sus labios perpetuamente plegados en una sonrisa impasible. Si fuera un antiguo ateniense llevaría tal vez grabado en el interior de su anillo: «Disimulo y paciencia».—Su acción tiene el poder de las fuerzas sutiles. No es la columna de hierro rígidamente enclavada en el suelo, es el árbol que cede á los vientos; pero más seguro en su elasticidad y más adhe-

rido á la tierra por su red ingeniosa de fibras.—Enemigo desesperante, lo abandona todo en los momentos más críticos, se borra, se desvanece, como Lucifer en las viejas historias, y la espada del adversario no encuentra sino aire. Pudiera aplicársele, por más de un rasgo, el retrato trazado por Buffon en su Historia Natural: «Famoso por sus astucias, merece en parte su reputación. Lo que el lobo no hace sino por la fuerza él lo hace por la habilidad y triunfa más á menudo... Fino al par que circunspecto, ingenioso y prudente, hasta la paciencia, varía de conducta y tiene medios de reserva á que no recurre sino oportunamente. Vela de cerca por su conservación. .; sabe ponerse en seguro practicándose un asilo donde entra en los peligros apurados, donde se establece, donde cría á sus cachorros... Emplea hábilmente su tiempo, oculta sus designios y su marcha, se desliza, se arrastra, llega y hace rara vez tentativas inútiles».—El juicio definitivo no puede pronunciarse aún. Como todo hombre de acción, ha debido tolerar y hacerse solidario de muchos errores ajenos. Por otra parte, proclamado como candidato seguro para la futura presidencia de la

República, su vida se abre sobre un nuevo horizonte, lleno de enigmas. Todo puede resultar: lo generoso y lo execrable. Por eso la indignación prepara sus piedras y la apoteosis sus coronas. La Historia misma, con su mano descansada sobre la tabla de bronce en que escribe sus fallos, espera suspensa el desenlace de esta vida.—En cuanto á su faz literaria, observaremos que sería injusto juzgarle por una aptitud que no ha buscado. —En este sentido sólo es exigible á los hombres políticos el civilizado respeto por la más alta cultura. Sin embargo, sus adversarios le imputan á menudo un desdén burgués por el talento y las virtudes severas del estudio. Esto sería demasiado triste, y nos tranquiliza, en parte, recordar que su más sentido discurso fué pronunciado en la tumba de un poeta, y que el pueblo de Córdoba acaba de oir su voz junto á la estatua de Vélez. Estos y otros esfuerzos, igualmente desprovistos de pretensiones artísticas, significan en él algo más que un esparcimiento inocente: son el distinguido homenaje al pensamiento de quien ha triunfado por la acción; y no es difícil que en algunos de ellos se descubran á veces esas intui-

ciones de estilo, tan frecuentes en los hombres que descuellan en cualquier actividad especial del espíritu.

Abril 15 de 1898.

BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
3 1197 21456 8625